

LA IDEOLOGIA COMUNISTA ES INAPLICABLE

CHESTER BOWLES

Prospera el Comunismo como ideología mundial? Está realmente destinado a socavar nuevas naciones y viejos pueblos con la fuerza e inevitabilidad con que alardea? O se ha apartado de la verdad histórica y de la realidad moderna, perdiendo así aplicabilidad y empuje?

En los últimos pocos meses, en mis viajes por 40 o 50 países en cuatro continentes, me he llegado a convencer que el Comunismo, como fuerza ideológica, va de mengua. Las crecientes contradicciones entre la doctrina comunista y las duras realidades económicas y políticas de hoy, comienzan a ser comprendidas más ampliamente. Aún en la Unión Soviética misma los cambios en la práctica se reflejan en la pública aceptación de cambios en los dogmas. Es un hecho simple que el mundo rehúsa actuar como la ideología comunista decía que lo haría.

Antes de estudiar la evidencia de lo anterior y de anotar los resultados, definamos nuestros términos. Por ideología comunista entendemos lo siguiente:

1) La teoría de la historia de Marx que asume que ciertas "leyes" obligan a las sociedades a desplazarse hacia el Comunismo por una serie de etapas económicas. El Comunismo se presenta como un sistema económico que en teoría llena todas las necesidades de la sociedad sin la explotación de ninguno de sus miembros.

2) El principio de Lenin de que el curso de la historia puede acelerarse por medios "políticos", principalmente por la revolución.

3) La creencia de Lenin en el Partido Comunista como el único, omnisciente y todopoderoso vehículo de cambio político y económico.

I

El pensamiento de Marx tenía fuerza principalmente porque estaba basado en la aguda observación del ambiente a su alrededor; era limitado porque él vio solamente aquellos hechos que el tiempo, el lugar y sus inclinaciones le permitieron ver. Lo que Marx vio fueron las sórdidas realidades de la vida diaria en los años más crudos de la revolución industrial. Vio a los habitantes de los barrios bajos de Londres, apretujados en cuchitriles, extenuándose en los trabajos, bajo el insensible impacto de la creciente economía. Vio su impotencia como individuos ante el poder de los hombres, dueños de las fábricas donde trabajaban, y que controlaban los gobiernos bajo los cuales vivían. Condiciones similares vio Lenin bajo la Rusia Zarista medio siglo más tarde.

El tiempo, sin embargo, ha traído un cambio profundo en la "objetiva realidad" que Marx y Lenin observaron. Durante dos generaciones el poder de fuerzas naturales, la presión de los acontecimientos y el creciente pragmatismo de los líderes Soviéticos han ido paulatinamente erosionando los fundamentos ideológicos del Comunismo.

Lo que ha de surgir finalmente de este conflicto entre ideología y realidad es impredecible. A la larga puede resultar una mayor moderación entre los líderes So-

viéticos y un gradual suavizamiento de los impedimentos en la comunicación entre Oriente y Occidente; mas de inmediato, puede que los líderes Soviéticos vuelvan a las peligrosas normas políticas y militares como producto de su confusión y fracaso. Al menos la creciente inadaptabilidad de la ideología comunista puede suponerse que ha de crear dificultades internas, no sólo dentro de la jerarquía Soviética, sino también dentro del bloque Comunista y dentro de los Partidos Comunistas por doquier. Si estas dificultades se ignoran, nuestra habilidad para dar forma a los acontecimientos de una manera constructiva se disminuirá gravemente. Por otra parte, al reconocer su naturaleza y significado estaremos en posición favorable, no sólo para proteger nuestros inmediatos intereses nacionales, sino aun para dirigir al mundo hacia un futuro más racional y pacífico.

Esto dicho, veamos cómo la ideología Comunista va perdiendo terreno como guía para la asunción y consolidación del poder, como programa de desarrollo económico y como instrumento de la política exterior del Soviet.

II

Marx contaba con que los inevitables procesos de la historia, como tal, llevarían al mundo hacia el Comunismo. Las naciones industrializadas encabezarían la procesión hacia la tierra prometida de una sociedad sin clases. En realidad, el Comunismo se entronizó primero en la retardada sociedad de la Rusia Zarista y 32 años después en China, el menos desarrollado de los grandes países del mundo. Después de las elecciones italianas de 1948 ningún país industrializado ha optado seriamente por el Comunismo.

El error de apreciación de Marx se debe a su creencia dogmática de que los estados capitalistas son intrínsecamente incapaces de ajustarse a las nuevas situaciones. El razonaba que todo gobierno capitalista debe estar bajo el control de una minoría privilegiada, que no podría modificar ese control o escapar de él, y que ese control sería siempre usado para explotar a las masas. La competencia entre las naciones capitalistas —principalmente sobre mercados y colonias las llevaría a una serie de guerras y, eventualmente, a la ruina.

Estas suposiciones han sido anuladas por los hechos. A través de un proceso evolutivo la mayoría de los estados capitalistas han producido gobiernos que son instrumentos no de una sola clase sino en diversos grados de perfección o imperfección del pueblo como un todo. La creación del Estado benefactor ha suavizado los conflictos que Marx suponía habían de inclinar al mundo hacia el Comunismo.

Además, los poderes capitalistas no han logrado destruirse unos a otros en la búsqueda de mayores ganancias sino que por el contrario se han comprometido en creciente cooperación política y económica. Y en vez de

aumentar sus imperios coloniales los han ido cediendo rápidamente.

Tampoco los obreros de los estados capitalistas cooperaron con Marx para presionar en favor de soluciones comunistas a los problemas económicos domésticos o del "internacionalismo proletario" como vehículo en la expansión de su influencia en los asuntos mundiales. Por medio de los sindicatos han logrado asegurarse una abundante parte de los beneficios dentro de un orden establecido. Las energías izquierdistas se han canalizado hacia el desarrollo y reforma de ese orden mismo.

Marx hizo del futuro un cuadro convenientemente vago. El estaba más interesado en el proceso de la lucha que en la estructura de la sociedad Comunista. Estaba claro, sin embargo, en la necesidad de una "dictadura del proletariado" en la que los medios de producción serían propiedad del Estado en nombre de los trabajadores. Como la élite capitalista y la burguesía se habían de destruir, una sola clase había de surgir en la cual cada individuo tendría que dar de acuerdo con su habilidad y recibir de acuerdo con sus necesidades. Puesto que el Estado mismo es un instrumento de la clase gobernadora que ya no es necesaria, el Estado, como dijo Lenin, "se marchitará".

A ningún ciudadano soviético se necesita decirle, 45 años más tarde, que el Estado no se ha "marchitado". Ni que la ideología Marxista misma le ha proveído al Soviet la técnica necesaria para aumentar la productividad de los trabajadores industriales. Especialmente revelador ha sido el conflicto de la agricultura soviética. Marx, ciudadano, descartaba a los campesinos como "perdidos en la idiotéz de la vida rural". El Manifiesto Comunista de 1848 aludía apenas casualmente a la agricultura. Mas Lenin fue más pragmático y sabía que estaba tratando con un país en el que el 85% de la población vive de la tierra. Uno de sus primeros decretos al tomar el poder fue ratificar la distribución de las tierras a los campesinos que la trabajaban. En 1962, sin embargo, el conflicto básico entre el control político y un adecuado incentivo para el aumento de la producción agrícola está aún sin resolverse, no sólo en Rusia sino también en la China Comunista y en todos los países de la Europa Oriental.

De todo esto se saca en conclusión que ni la teoría Marxista ni el intento del Soviet en ponerla en práctica, ya fuese en forma pura o adulterada, ha probado ser una guía segura hacia el poder en términos comunistas.

III

Al considerar el segundo aspecto de la ideología comunista, como que ofrece reglas invariables para el desarrollo económico, de nuevo encontramos evidencia substancial de que la ideología es inaplicable a los problemas prácticos con que se encaran las naciones en el mundo moderno.

En dos generaciones la Unión Soviética se ha desarrollado en una nación moderna, altamente industrializada, con una poderosa maquinaria bélica, hábiles líderes, brillantes científicos y un pueblo educado. Voceros comunistas, por supuesto, acreditan estos logros a las técnicas de Marx y anuncian que tales ventajas pueden ser de cualquier nación que se adhiera al bloque Comunista. No toman en cuenta algunas cruciales diferencias, la más importante de las cuales es que la Unión Soviética es increíblemente rica en recursos naturales.

Cuando tales realidades no pudieran esconderse, la Unión Soviética comenzó a ofrecer a los países su ayuda económica, en competencia con el Occidente y en los mismos términos que ésta.

Simplemente no existen normas rígidas ni fórmulas seguras para un rápido desarrollo económico. Por ninguna parte, ciertamente, la teoría económica de Marx, ni las adaptaciones de la misma que la Unión Soviética ha tratado de exportar a los países subdesarrollados, han tenido éxito.

IV

El tercero y último punto es con referencia al Marxismo-Leninismo como instrumento soviético en la conducción de la política exterior. Según los principios Marxistas, el Comunismo habría de servir como un faro internacional alrededor del cual las clases trabajadoras del mundo se unirían en un movimiento dedicado sin consideración de fronteras políticas. Lenin esperaba que la Revolución soviética llevara al poder en diversos países al proletariado internacionalista, mas sufrió un chasco porque eso no sucedió.

Cuando Stalin varió el énfasis de una revolución mundial a la doctrina de "socialismo en un solo país", estaba poniendo en juego una treta defensiva, diseñada a dar a la Unión Soviética el tiempo y los medios de prepararse para cualquier paso que pudiera ser favorable a la dominación universal.

Llegó el momento después de la Segunda Guerra Mundial en que los Ejércitos Rojos invadieron la Europa Oriental. Inmediatamente se sintió la presión comunista en la Europa Occidental. Cuando los planes soviéticos fueron bloqueados por la rápida recuperación económica de las naciones Europeas, —primero fortalecidas por el Plan Marshall y luego escudadas por la NATO—, se enderezaron hacia África y Asia.

En 1948, seis revoluciones comunistas fueron provocadas en Asia —además de la peculiar y larga revolución China Comunista— bajo aparentemente favorables condiciones. En la recientemente independiente India, Indonesia, Burma, Malaya y en las Filipinas esas revoluciones fallaron; solamente en Indochina, —donde los franceses trataron de mantener una imposible situación colonial—, es donde tuvieron éxito substancial.

Desde entonces, las dificultades encontradas por el empuje comunista en Asia y África se han multiplicado. Es evidencia de esto las contradicciones de la propaganda comunista, los desacuerdos entre Moscú y los varios Partidos Comunistas, las divisiones entre los mismos Partidos locales, y los constantes cambios y experimentaciones que señalan el esfuerzo de Moscú para establecer satisfactorias relaciones.

Un señalado aspecto de este empuje comunista es que los propagandistas parecen ser reacios a citar los supuestos méritos sociales y económicos del Comunismo. En cambio, describen al Comunismo como un aliado de las fuerzas del nacionalismo. Las dificultades aquí son numerosas, no sólo por razón de las prácticas anti-nacionalistas del Soviet en los países satélites, sino porque el dar cabida al nacionalismo es patrocinar una fuerza básicamente incompatible con la doctrina comunista y con los objetivos del Soviet. En el Viet Nam del Sur, por ejemplo, la propaganda comunista encuentra más favorable ha-

plar de la intervención extranjera que pedir en términos Marxistas el levantamiento del "proletariado y las masas trabajadoras".

Las contradicciones entre la política del Soviet y los intereses de la ideología comunista pueden observarse en otros lugares. En Algeria, por ejemplo, Moscú estaba tan ansioso de agradar al gobierno de De Gaulle, por razones de intereses nacionalistas de Rusia, que perdió una oportunidad ideológica prometedoras al no reconocer el Gobierno Provisional de Algeria sino hasta después del cese del fuego. Similarmente, la Unión Soviética está ahora vendiendo agresivamente su petróleo a precios bajos dondequiera que encuentra un mercado, sin tomar en cuenta el impacto adverso al movimiento comunista en los países productores del Oriente Medio.

Mientras tanto, los Partidos Comunistas han sido suprimidos, por decretos o por leyes constitucionales en 45 países. Esta cifra no incluye las muchas nuevas naciones de Africa en las que el Partido Comunista no ha podido levantar cabeza. En estos momentos opera legalmente solamente en dos estados africanos: Tunisia, donde no tiene importancia, y en Madagascar, donde los comunistas se llaman a sí mismos, "Titoístas". Aun donde los comunistas son tolerados en algunos de sus muchos disfraces, su efectividad es a menudo limitada. Donde se han mezclado dentro del sistema político local, han perdido su propia identidad; y donde no se han podido mezclarse, se encuentran en las cárceles. En Guinea es donde la ideología comunista se enfrenta a una nueva sociedad sin clases e intensamente nacionalista, donde mejor se ilustran estas dificultades. Para ganar posiciones dentro del sistema unipartidista de Guinea, los comunistas han tenido que subordinar sus intereses a las dinámicas metas del gobierno nacionalista. El pasado Diciembre, cuando los comunistas rehusaron hacerlo, el Embajador Soviético fue invitado a abandonar el país.

En la India, el Partido Comunista está legalizado pero en tal estado de desorden que refleja el mismo dilema que se enfrenta a otros partidos comunistas en otras naciones. Para mantener su fuerza representativa se han visto obligados a dominar su énfasis doctrinario y dar rienda suelta al espíritu nacionalista representada en las causas de Goa y Kashmir. Y dentro del Partido mismo, las facciones pro-Moscú y pro-Pekín, se mantienen en fiebre y destructiva guerra ideológica.

En la cuestión crucial del control de armamentos, la ideología Comunista viene a ponerse en conflicto con los intereses del nacionalismo ruso. De acuerdo con Marx, las economías capitalistas se sostienen por la guerra o por la amenaza de guerra. Si la actual jerarquía Soviética realmente creyera en su propio dogma, patrocinaría un programa vigoroso y realista para reducir la carga de armamentos, en la confianza que si los Estados Unidos acordaran reducir su presupuesto de defensa se enfrentaría a un incontrolable desempleo y que si rehusara se acarrearía la indignación unánime del mundo. Sin embargo, la tradicional obsesión rusa por el secreto ha hecho que el Kremlin sea reacio a aceptar cualquier versión practicable del principio de inspección que haría el control de armamentos una realidad, a pesar de Marx.

La ideología comunista ha fracasado en proveer el aglutinante seguro que una a las naciones que lo profesan. Por supuesto que uno puede decir que lo más im-

portante de la doctrina comunista se encuentra en las disputas entre el bloque comunista mismo, principalmente en las controversias entre Moscú y Pekín. Estas controversias dañan el total concepto Marxista de una ortodoxia única y han traído el desconcierto a la política de Moscú, de interpretar al gusto su experiencia particular. El nacionalismo va en contra de los conceptos Marxistas-Leninistas de un mundo estructurado por clases, puesto que cambia las bases del cambio de las supuestamente inevitables mareas de la economía y de la historia a las interpretaciones e imperativos de un hombre en particular o de un grupo de hombres. Esto está patente en los desacuerdos entre Moscú, Pekín, Belgrado, Tirana y las capitales satélites de la Europa Oriental.

El hecho de que las naciones comunistas, con tanto que perder, no pueden crear y mantener un frente común, afecta no solamente su futuro político como "campo socialista" sino el poder que el concepto marxista se supone tener en el mundo como resultado de su presumida indestructible unidad.

V

He sugerido que la ideología comunista está declinando en importancia a las tareas del mundo moderno y que los comunistas mismos la encuentran de un valor decadente como instrumento político, como panacea económica y como instrumento de la diplomacia. Esta tendencia puede servirnos, a la larga, de ventaja, mas debo señalar, con la mayor posibilidad de énfasis, que no empequeñece, de ninguna manera, la amenaza que la Unión Soviética entraña para el mundo americano y los forjadores de su política. A medida que los líderes soviéticos se van librando de sus propios dogmas, pueden irse animando a usar sus enormes poderes más constructivamente. O bien puede resultar en algo como una crisis de fe dentro de la Unión Soviética misma, un choque entre los "creyentes" y los "realistas". Esto, a su vez, puede producir frustraciones y hostilidades en el mundo Comunista que podrían resultar peligrosos para la paz mundial. No nos queda sino rogar que la decadencia del celo doctrinario y su reposición del mismo por las metas nacionalistas entre los países comunistas no vayan a dar ese resultado, sino que por el contrario pueda ofrecer nuevos terrenos de negociación exitosa y un pacífico acomodo con nosotros y nuestros amigos.

En lo que respecta a nosotros el problema está en pie. Aunque es verdad que el Comunismo va gradualmente perdiendo mucho de su significado como ideología global, esto no tendría importancia a nuestros nietos al menos que la fe democrática que intentamos practicar pueda hacerse aplicable al mundo del futuro. Si esto ha de suceder, el pueblo americano tendrá que adoptar un papel que ninguna nación poderosa y próspera ha llegado a desempeñar en la larga historia de la civilización. Se tendrá que identificar a sí misma, valientemente, con la revolución social, política y económica que ahora está comenzando a transformar las vidas de cientos de millones de seres humanos en todas partes del globo terrestre. Los obstáculos que se nos presentan para desempeñar ese papel son atterradoramente enormes. Pero las posibilidades, tanto para nosotros, como para la humanidad, son casi infinitas.